

TESTIMONIOS

Guillermo Cabrera Infante

Hacía tiempo que esperábamos una confrontación con el Instituto del Cine, pero la misma habría de convertirse en una batalla campal sin el Cid. La prohibición de *P.M.* tuvo lugar en junio de 1961, en lo que se podría denominar un período entre dos guerras. En abril de ese año se produjo la invasión de Bahía de Cochinos. De modo impresionante, todos los invasores fueron derrotados en menos de 48 horas y Fidel Castro se apresuró a declarar a Cuba República Socialista, aunque la Isla no sería ni una cosa ni la otra nunca. Los tiempos traían buenos augurios para el Partido Comunista (que entonces se había unido con los restos del Movimiento 26 de Julio y la sombra de lo que fue el Directorio Revolucionario para formar un partido único denominado ORI), tanto que el Comité Cultural había decidido organizar un congreso de escritores en La Habana para invitar a algunos literatos extranjeros destacados, como Nathalie Sarraute, que, sin ser necesariamente comunistas, eran simpatizantes de la revolución de Castro. Mientras tanto, en un especie de montaje político (cascos de caballo con jinetes de Ku Klux Klan a galope, corte a escena de doncella en peligro, nuevo corte a escena de negro en pena o en actitud amenazante), se vio a *Lunes* afanado en la recogida de firmas para protestar contra el secuestro de *P.M.*, la pequeña película nocturna.

A la vista ya los comienzos del Congreso organizado por los comunistas, esta actitud iba a tener amplias repercusiones. Al vernos venir y saber que constituiríamos un problema, el Comité Cultural del Partido fue presa del pánico. (Los comunistas siempre tienen miedo histórico). Nos pidieron, por favor, que no hiciésemos un manifiesto público con la declaración contra el Instituto del Cine. A cambio, nos proponían retrasar la apertura del Congreso y lavar la ropa sucia en casa¹. Para ello orquestarán una reunión de todas las partes interesadas con Fidel Castro, y casi todo el Gobierno. Muy bien, una discusión amistosa, una tregua. ¡Resultó una emboscada rastrea! El Comité Cultural invitó a todos los intelectuales implicados y a muchos más también. A *tutti quanti*, como diría Virgilio. Las sesiones tuvieron lugar los viernes durante tres semanas consecutivas y se celebraron en el espacioso teatro de la Biblioteca Nacional, un verdadero palacio del libro construido por Batista (que no leía) pero reclamado por un presagio del Día del Juicio Final. En el estrado se hallaban Fidel Castro, el presidente Dorticós (desde entonces depuesto, luego suicida), el ministro de Educación Armando Hart, su esposa Haydée Santamaría, presidenta de la Casa de las Américas (quien

más tarde se suicidaría también: al poder con la bala en el directo), Carlos Rafael Rodríguez, entonces influyente dirigente comunista y hoy nuestro (es decir, de Moscú) tercer hombre en La Habana, la ex esposa de éste, Edith García Buchaca (por estas fechas, cabeza del aparato cultural del Partido: más tarde habría de pasar quince años bajo arresto domiciliario); Vicentina Antuña, jefa del Consejo de Cultura bajo el hechizo político de la Buchaca; y por último Alfredo Guevara, el otro Guevara, Maquiavelo tropical que aconsejaba no solamente al Príncipe sino también a la Princesa. Luego venían los chivos expiatorios, corderos para el lobo o, como se decía en Cuba, monos amarrados contra león suelto: Carlos Franqui, director de *Revolución*, y yo como director de *Lunes*. Esa era la mesa de la última escena.

El presidente Dorticós, que entonces se creía de veras que era presidente, pobre pelele, declaró abiertas las sesiones, que habrían de resultar vistas de un juicio. Anunció Dorticós con voz de comodoro del club náutico (lo que, efectivamente, había sido, en Cienfuegos: 1953-1956), que habría libertad para que todos expresaran su opinión. Todo el mundo podría decir su parecer —siempre que fuera favorable—. «¡Compañeros, levanten la voz!». Nadie lo hizo. «¡Levanten entonces el culo!». Todos nos hallábamos atados de pies y manos y amordazados ante tal despliegue de poder político. Súbitamente, de la masa avergonzada surgió un tímido hombrecito de pelo pajizo, de tímidos modales, sospechoso ya por su aspecto de marica militante a pesar de sus denodados esfuerzos por parecer varonil, o si no, fino, y dijo con voz apocada, apagada, que quería hablar. Era Virgilio Piñera. Confesó que estaba terriblemente asustado, que no sabía por qué o de qué, pero que estaba realmente alarmado, casi al borde del pánico. Luego agregó: «Me parece que se debe a todo esto» —y dio la impresión que incluía a la Revolución como uno de los causantes de su miedo. (Aunque quizá se refería nada más que al multitudinario auditorio de así llamados intelectuales). Pero podría ser que aludiera a la vida del escritor en un país comunista —o sea, a esos miedos con nombres como Stalin o Castro—. Nunca lo sabremos. Una vez dichas esas palabras, Virgilio volvió a su asiento, manso, mantuano. A nadie se le permitía hablar desde su silla para emitir una opinión. (Tal como el presidente Dorticós había pedido con voz de trueno amable, había que dirigirse a un micrófono ubicado en el proscenio y hacerlo de cara al auditorio, pero teniendo la precaución de no dar nunca la espalda a Castro: las desviaciones físicas siempre revelan desviaciones políticas). Hablaron todos. Hasta los que no sabían hacerlo, como Calvert Casey, tartamudo incorregible. ¡Te cogí!

De pronto se hizo patente a todos (acusados, acusador, jurado, juez y testigos) que se estaba ante un juicio público realizado en privado: no era sólo *P.M.* sino *Lunes* (y con el magazine todo lo que representaba éste para la cultura cubana) quien también estaba en el banquillo de los acusados. Kafka en Cuba, Praga en La Habana. La mayoría de las personas que comparecieron ante el tribunal eran enemigos jurados de la revista, y algunos de ellos tenían razones para serlo.

[...]

Sin embargo, había un enemigo esperado: Guevara (orador guerrillero que nunca pudo pronunciar la erre de la Revolución) dio un golpe bajo a *Revolución* y a *Lunes de R.* Hasta entonces yo había sido un Infante Terrible, pero ahora era un infante infame. Finalmente, fue Fidel Castro en persona quien habló. Como es habitual, tuvo la última palabra. Como introito se deshizo de su perenne Browning de 9 mm., que lleva siempre a la cintura (con lo que daba un referente real a la metáfora acuñada por Goebbels: «Cada vez que oigo la palabra cultura echo mano a mi pistola») y pronunció uno de sus más famosos discursos. Famoso no por durar ocho horas, sino por ser breve y conciso: duró apenas una hora. Primera vez que ocurría desde su designación como Primer Ministro de Cuba. Dicha deposición deletérea es conocida ahora con el nombre de: *Palabras a los intelectuales*, cuyo epílogo es reclamado por los castristas de todo el mundo, unidos como un modelo de retórica revolucionaria. Se trata, en realidad, de un credo estalinista: «Con la Revolución, todo», tronó Castro con la voz de un Zeus ruso. «Contra la Revolución, nada». Todos aplaudieron, algunos de buena fe, aunque yo no. No tuve más remedio que aplaudir, sí, a pesar de que sabía perfectamente cuál era el significado de este *slogan*. Se trataba de una sentencia sin veredicto previo, dictada por una justicia a través del espejo *latoT*.

El resultado del proceso fue que el Instituto del Cine devolvió a los cineastas la copia incautada de *P.M.*, pero no levantaron su censura. *Lunes* también fue prohibido: tres meses más tarde dejaría de aparecer. Escasez aguda de papel de imprenta fue la explicación oficial.

(Cabrera Infante, Guillermo; «Mordidas del caimán barbudo», en *Mea Cuba*; Plaza & Janes Editores, Barcelona, 1992, pp. 82-86).

Alfredo Guevara

Lunes de Revolución, todo este grupo que no había participado en la insurrección, que no militaba en las organizaciones revolucionarias, de buenas a primeras se convirtió en todopoderoso, tanto porque tenía el periódico y la línea editorial de la Revolución y la Revolución hablaba por el periódico, como se hacen (sic) un *magazine* literario, ese *magazine* literario se convierte en la voz y la orientación de la Revolución en el campo de la literatura y de las artes. Ahora, si ustedes hacen lo mismo con las técnicas norteamericanas y estudian los números de *Lunes de Revolución*, y no sólo pensando en literatura, vean ustedes cómo se trata de destruir a Alejo Carpentier, cómo se ironiza a Alicia Alonso, cómo se juega a destruir a los artistas y escritores del grupo Orígenes.

[...]

Cuando tienen en sus manos *Lunes de Revolución*, le abren fuego a los escritores católicos. Es decir, que paradójicamente fuimos los artistas y los escritores marxistas los que defendimos a los católicos; desde luego, sería una hipocresía decir aquí que la batalla que libramos nosotros contra *Lunes de*

Revolución tenía por base la defensa de los escritores católicos; tuvo por base la defensa de nuestro derecho a exigir que los artistas combatientes tuviéramos al menos una participación, porque las cosas terminaron en la reunión de Fidel con los intelectuales, la constitución de la UNEAC, la fundación de *La Gaceta* y la disolución de *Lunes de Revolución*, pero lo que reclamamos nosotros, los que nos enfrentamos a *Lunes de Revolución*, no fue la disolución de *Lunes de Revolución*, sino la desautorización de *Lunes de Revolución* como vocero de la Revolución en el campo de la cultura.

(Guevara, Alfredo; «La Revolución la hacemos para hacer más compleja la sociedad».
[Transcripción. Encuentro con intelectuales de la Comunidad Cubana en el Exterior, en la sede del Instituto Cubano de Amistad con los Pueblos (ICAP), La Habana, 9 de junio de 1979]
En *Tiempo de fundación*; Iberautor Promociones Culturales, S.L., Madrid, 2003, p. 354).

Este proceso del terrorismo intelectual permanente, es decir, que este relevo del terrorismo intelectual se produce en *Lunes de Revolución* con la condenación de Alicia Alonso y de su Ballet; se llegó incluso hasta organizar los caminos para cerrarle la posibilidad de que tuviera los mejores teatros a su disposición. Contra el grupo filo-católico de *Orígenes* que, por otra parte, había sido motivo de aceptación antes del triunfo de la Revolución y que en este momento se convertía en motivo de ataque. El grupo de estos críticos sociologistas, populistas, a que he hecho referencia, y la condenación del grupo que veníamos a iniciar los trabajos del cine en el ICAIC, y de este modo, la conversión, sí, en pontífices totales de la cultura, en administradores de canonjías de todo tipo, en gente en cuyas manos estaba el poder de aceptación o veto.

Recuerdo perfectamente que en la reunión de los intelectuales con Fidel, mi intervención versaba exactamente sobre este tema, y recuerdo, perfectamente, haber utilizado incluso, y esto está grabado y conservado aquí en Sonido, haber utilizado exactamente esta terminología, es decir, haber dicho que, en rigor, los miedos intelectuales que se habían desarrollado en este grupo, en algunos casos de compañeros, y en algunos casos ya no se puede usar la palabra compañeros con ellos, eran errores muy difíciles de comprender, porque si la situación suscitada alrededor de la prohibición de *PM* por la dirección del ICAIC y por la dirección de la Revolución podía producir un equívoco, una situación de temores, etcétera, lo que era muy extraño es que nunca se hubieran preguntado antes, si era lícito haber establecido, desde el periódico de la Revolución y desde el suplemento literario de la Revolución, una política de discriminación, ataques, insultos, vejámenes como la que la lectura de la colección de *Lunes de Revolución* permitiría hoy comprobar. Es decir, que en aquel momento nos enfrentábamos a una manifestación del terrorismo intelectual ejercido por estos grupos.

(Guevara, Alfredo; «La política de nuestra dirección revolucionaria ha sido la de sembrar y desarrollar conciencia» [Transcripción. Reunión de análisis interno sobre la polémica de los Premios UNEAC en las páginas de la revista *Verde Olivo*, Biblioteca ICAIC, 4 de enero de 1969]
En *Tiempo de fundación*; Iberautor Promociones Culturales, S.L., Madrid, 2003, pp. 167-168).

Francisco Morín

«P.M. sería el chivo expiatorio de los que soñaban todavía con un arte independiente. Mucho antes de que se terminara la filmación, Alfredo Guevara, director del ICAIC, revisaba en las madrugadas el material que Sabá y Orlando habían rodado horas antes y preparaba un ataque avasallador que desató apenas se terminó el documental. Se organizan las reuniones en la Biblioteca Nacional. Yo asistí a la que sería la última de las reuniones. El gran salón de conferencias de la Biblioteca Nacional estaba ocupado por las más destacadas figuras de la cultura y del teatro. Tuve la sensación de que nadie se había atrevido a faltar, como si todos fuéramos culpables y en aquel lugar redimiríamos nuestros pecados.

Apenas había ocupado un asiento, entró la Dra. Edith García Buchaca seguida de dos serviciales funcionarios. Esta señora, haciendo gala de mesura y gentileza, explicó por qué se nos había invitado a esa reunión, repitió más o menos los puntos del sumario y resumió lo ocurrido en las reuniones anteriores. De pronto, se oyó un ruido de botas que rompió la apacibilidad que se había logrado hasta aquel momento y subió al escenario un hombre corpulento rodeado de un halo de temor y respeto. Era el máximo líder que venía a ocupar el sitio de disertante y que con voz estentórea y subrayando su jerarquía, más alta que la de todos los presentes, comenzó a hablarnos paternalmente. Después de algunas consideraciones, con un tono muy familiar dijo:

—Por aquí se está corriendo un chismecito... de que ustedes tienen miedo de algo. ¿Es cierto? ¿Quién tiene miedo?

Se hizo un silencio, y en las primeras filas se vio una mano alzarse indecisa y se oyó una voz decir quedamente:

—Yo tengo miedo.

Era Virgilio Piñera.

—¿Miedo de qué? —replicó con firmeza el hombrón que ocupaba el estrado.

—De lo que se nos quiera pedir o exigir.

Hubo un murmullo general que rompió el gran jefe con una risa oportuna y sagaz. Intentaba infundir confianza y tal vez lo logró o tal vez la gente fingió que lo había logrado, pero a mí todo aquello me provoca malestar y una extraña sensación de vergüenza, de modo que me volví hacia Matías Montes Huidobro y su esposa Yara que estaban a mi lado y les dije:

—Esto es un horror. ¿Ustedes se quedan?

No me contestaron, estaban mudos y quizás un poco asustados. Me puse de pie mientras Virgilio explicaba a su modo los temores que lo embargaban sobre el futuro de la cultura cubana. Yo no quise oír más, di una vuelta entre varios asientos y me dirigí a las dos grandes puertas del salón que daban al gran lobby donde ya se respiraba el aire fresco de la noche».

(Morín, Francisco; *Por amor al arte. Memorias de un teatrista cubano 1940-1970*; Ediciones Universal, Miami, 1998, pp. 277-278).

Lisandro Otero

«Si este documental [P.M.] se hubiese rodado en otro instante de la historia habría sido olvidado a la semana siguiente, pero nació en una hora de enfrentamiento de camarillas. La película pasó por televisión pero fue vista con objeciones en el Instituto del Cine. La acusaban de escamotear la presencia de milicianos, de obreros, de maestros alfabetizadores en la imagen que se ofrecía del pueblo; quienes aparecían en las diversiones nocturnas eran marginales, lumpen. Mostrar una parte de la verdad, decían, era una forma de mentir sobre la realidad cubana. (...) En la presidencia se encontraban Fidel, Dorticós, Roa, Carlos Rafael, Guillén, Carpentier, Vicentina Antuña, Núñez Jiménez, Aragónés y Hart. Dorticós dijo, en unas palabras introductorias al debate, que la cultura con todos sus cauces y matices debía servir al pueblo, lo cual fue recibido con alivio porque constituía una primera aseveración inclinada a la apertura.

Virgilio Piñera fue el primero en hablar ‘porque era el que tenía más miedo’, según declaró al iniciar sus palabras. Manifestó que ‘por ahí se decía que el Movimiento 26 de Julio iba a proclamar la cultura dirigida’ y Fidel le preguntó sonriendo que por dónde se corría eso. Virgilio replicó en su peculiar estilo coloquial: ‘hay voces por ahí, yo lo he oído’. Baragaño lo interrumpió: ‘¡Yo nunca he oído eso!’. Virgilio prosiguió: ‘Está en el aire, se especula con eso. Yo no soy contrarrevolucionario, no estoy en Miami, estoy aquí; aunque alguna gente habla con eufemismos, yo lo digo ramplán».

(Otero, Lisandro; «Cuando se abrieron las ventanas de la imaginación»; en *La Gaceta de Cuba*; julio-agosto de 2001, n.º 4, pp. 52-53).

Heberto Padilla

El joven poeta ruso Eugenio Evtushenko asistió a la reunión. Lo conocí días antes, cuando el corresponsal de *Pravda*, Vitali Borovski, me lo presentó en la redacción de *Revolución*. (...) En la reunión de la Biblioteca, Evtushenko se sentó junto a mí. Borovski, al otro lado, iba traduciéndole todo. En las esquinas del salón colocaron gigantescos equipos de grabación con sus respectivos técnicos. Los participantes debían desplazarse desde sus asientos hasta un micrófono situado en la parte inferior del escenario que ocupaban Fidel Castro, el presidente Dorticós, el ministro de Educación Armando Hart, Carlos Rafael Rodríguez, Alfredo Guevara, Vicentina Antuña, a la sazón presidente del Consejo Nacional de Cultura y Edith García Buchaca, que hacía de vicepresidenta de ese organismo, pero que en realidad estaba encargada de ejecutar la política oficial que comenzaría a partir de estas reuniones. En nombre de la unidad de los escritores y artistas se cancelaría el suplemento *Lunes de Revolución* y se crearían dos publicaciones adscritas a la recién creada Unión de Escritores que agruparía a todos los artistas en distintas secciones: literatura, música, artes plásticas, cinematografía. El presidente de este engendro sería Nicolás Guillén.

La reunión era una respuesta al malestar provocado por los planteamientos de Mirta Aguirre en la Casa de las Américas, y que en nada diferían de los sustentados por la vicepresidencia del Consejo Nacional de Cultura en un folleto que era el paradigma estético y político de la cultura en la revolución de la «vieja guardia» cuya ortodoxia aseguraba a Fidel el control de un área peligrosa, como se había demostrado en Hungría con el grupo Petöfi y en la Unión Soviética con el escandaloso «caso Pasternak».

El corto documental *PM* constituía la amenaza que Fidel advirtió de inmediato: un trabajo independiente, ajeno a un organismo fiscalizador. Fidel pidió a los presentes que dijeran todo cuanto quisieran decir. Virgilio Piñera —que meses antes había sido apresado por la Policía de la ciudad balneario de Guanabo durante la famosa «Operación 3P», en que la fuerza pública hizo recogidas de prostitutas, proxenetas y pederastas— dijo que él no podía ocultar que *sentía miedo*. Mario Parajón preguntó si era posible para un escritor católico coexistir con el proceso revolucionario con entera libertad.

Fueron en verdad dos largas reuniones, con cintas grabadas por el ICAIC.

(Padilla, Heberto; *La mala memoria*; Plaza & Janés, Barcelona, 1989, pp. 59-61).

Julio García Espinosa

«Un documental [*P.M.*] fue el pretexto para hablar de una libertad abstracta. Un documental que nadie se propuso prohibirlo sino aplazarlo. Un documental que para garantizarle su propia existencia, como la de todo el cine que nacía en esos momentos, había que enfrentar primero el cerco que se nos tendía».

(García Espinosa, Julio; «Memoria del desarrollo»; en *La Gaceta de Cuba*; julio-agosto de 2001, n.º 4, p. 54).

Manuel Díaz Martínez

Un fantasma gris que yo no vi recorría la sala. Era un fantasma georgiano al que ya algunos de los presentes, de pupila privilegiada, le veían el mostacho y la pipa. Virgilio estaba entre los videntes, luego era de los que empezaban a sentir miedo, y fue, creo, el único que tuvo el coraje de decir que lo sentía. Pero en él, cubano al fin, siempre fue más fuerte el humor que el temor. Por eso no desperdició la oportunidad que le dio *Bola de Nieve* para desenvainar la lengua. *Bola*, de terno blanco, corbata de seda de nudo perfecto, zapatos de dos tonos y envuelto en una nube de *Femme de Rochas*, echó ante el Comandante y su corte una sofocante perorata revolucionaria. Cuando, acezando, feliz por su éxito tribunicio, terminó, entre los aplausos de la divertida concurrencia oímos a Virgilio exclamar, atónito: «¿Pero es que *Bola* se ha creído que es la viuda de Robespierre?!».

(Díaz Martínez, Manuel; *Sólo un leve rasguño en la solapa*; AMG Editor, Logroño, 2002).

Guido Llinás

«Yo ni hablé. Recuerdo que la reunión duró tres viernes. Algunos como Virgilio y *Bola de Nieve* se atrevieron a hablar, incluso Padilla rectificaba los errores en nombres alemanes, ingleses o franceses y yo me encogía en mi asiento porque como soy grande eso siempre ha sido peligroso y me decía que a los que se significaran allí iban a terminar fusilándolos».

(Navarrete, William y Varona, Enrique José; «Entrevista con el pintor cubano Guido Llinás»; en *100 Años. Boletín de la Asociación del Centenario de la República Cubana*, París, julio-agosto, 2000, n.º 7-8, p. 16-18).

Matías Montes Huidobro

Mucho lamento que siendo uno de los sobrevivientes (en más de un sentido) no pueda aportar mucho. Recuerdo la figura físicamente débil de Virgilio Piñera empuñando la honda de David y dando a conocer que por el periódico *Revolución* y entre los escritores de *Lunes* se corría la voz de que se iba a imponer el control de la cultura. Algo me viene a la memoria de las palabras de Carlos Franqui, que, me parece, eran un tanto incoherentes, con su imprecisión sintáctica característica. Aunque se nos aseguraba (no sé si por el mismísimo Fidel Castro) que allí estábamos para que cada cual dijera lo que tuviera que decir y que allí no se le iba a hacer daño a nadie (que siempre interpreto como «caso a nadie») o algo por el estilo, yo lo interpreté como puro formalismo para que abriéramos el pico y conocernos mejor. Algunos se daban golpes de pecho y otros hacían panegíricos. Yo no dije ni pío. En primer término, porque no acostumbro a levantar la mano en asambleas públicas: mi fuerte no es la oratoria sino la escritura. En segundo, por un instinto de conservación que me avisaba del peligro: aquello era de apaga y vámonos.

Tengo que reconocer que Castro fue definitivo y explícito: con la Revolución todo y contra ella nada. El que no lo reconoció así fue porque estaba de acuerdo, no le dio la gana o no le convenía reconocerlo de otro modo y, en el mejor de los casos, se engañaba a sí mismo, como hacen los enfermos cuando se les diagnostica una enfermedad fatal.

Curiosamente, recuerdo el *cocktail party* que sirvió de cierre, con Evgueni Yevtushenko de invitado, y una piña cubierta de masitas de puerco que habían fijado a la fruta con palillos de dientes. Me imagino que este detalle gastronómico no haya sido memorizado por nadie. Como el pez por la boca muere, obviamente nos querían embutir.

Carlos Franqui

La primera reunión en la Biblioteca Nacional fue un domingo y muy concurrida.

Fidel y la plana mayor. Casi todos los escritores y artistas. Fidel, a su manera, impresionante, dijo:

«Que hable el que tenga más miedo».

Y era como para no hablar.

Virgilio Piñera, flaco, desgarbado, con su vocecita irónica, escritor aborrecido por la burguesía, que sobrevivía difícilmente, y que, como José Lezama Lima, no tenía otro compromiso que la literatura, que no aceptaban migajas del poder, ni becas ni botellas; Virgilio, autor de *Electra Garrigó*, tragedia griega en solar cubano, el coro cantado de la «Guantanamera», famosa veinte años después, de *Aire frío* y sus cuentos del absurdo, que Borges incluye en su antología, su descubrimiento de lo cubano; Virgilio, que era el miedo mismo pero que tenía mucho valor, contestó a Fidel.

—Doctor Castro, y usted no se ha preguntado, ¿por qué un escritor debe tener miedo a su Revolución? Y porque parece que yo soy el que tiene más miedo, digo: ¿por qué la Revolución debe tener miedo de sus escritores?

En ese clima fue el tono de la primera reunión; Fidel, al convocar para el otro domingo, hizo mi retrato de ausente, diciendo de «arrogantes que debían de estar y no estaban». Si mi ausencia era una protesta, tenía que ir a defender mis puntos de vista. Combatir, aun si me sabía perdedor.

[...]

Tomó la palabra Alfredo Guevara, que era el Manuilsky de la cultura. Palabras siniestras y amenazantes.

[...]

Dijo que *PM*, la película secuestrada y censurada por el ICAIC, y defendida por nosotros, era contrarrevolucionaria, que fotografiaban fiesta y blandenguería, no los milicianos y la lucha; que Sabá Cabrera y Orlando Jiménez, sus autores, eran el ejemplo de la ideología antirrevolucionaria de *Lunes y Revolución*. Ataque en toda la línea el de Alfredo Guevara. Solapado, burócrata, frustrado, maquiavélico. Camarada de Raúl, desde Praga, amigo personal de Fidel, de la Universidad, México y Bogotá. Estaba allí siempre donde el partido le decía de estar. Bien protegido, fuera de peligro.

Era el hombre que el Partido introducía en todas partes: Universidad de La Habana, 26, cine.

Especialista en espionaje y trabajos sucios.

Infiltrado en Nuestro Tiempo, sociedad cultural que habíamos fundado por los años 50, voz y casa de la nueva generación, que aspiraba a dar batalla a la adormecida y estancada cultura cubana y a sus voceros conservadores. Nuestro Tiempo era vanguardia en el arte, en el teatro, la música, y aspiraba a sacudir la conciencia juvenil, de forma amplia, no sectaria.

[...]

Terminó Guevara y hubo una pausa inquietante.

Me acerqué a Fidel y le dije: «Me reprochas no pedirte nada. Pues ahora te pido que al comenzar la sesión, repares una injusticia cometida ante tus ojos. Que *Revolución* intenta dividir la Revolución desde dentro. Una acusación tan grave y calumniosa no puedes avalarla con tu silencio».

Fidel movió la cabeza y no dijo ni sí ni no.

No me hice ilusiones de que mis palabras tocasen a Fidel.

Era aún una forma de saber lo que pensaba.

Fidel no se levantó ni dijo esta boca es mía.

Y entonces comprendí que no era Alfredo quien acusaba a *Revolución*, era Fidel.

[...]

Tres personas me alentaron en aquellos difíciles momentos.

Haydée Santamaría, con palabras vivas, indignada con Guevara.

Eugenio Evtushenko, entonces presente y contestador, que veía aterrado con su experiencia moscovita lo que estaba pasando, y a quien sorprendía nuestra viril y unánime protesta. Fidel no se lo perdonaría, ni aun en su posterior autocrítica.

José Lezama Lima me dio el primer abrazo de su vida

[...]

Mas la burocracia y el poder nunca pierden.

Inventaron la falta de papel para suprimir *Lunes*.

Un Congreso y una Unión de Escritores —tipo Moscú y satélites—, y yo ya decidí no ir a más reuniones ni avalarlas con mi presencia, ni oír las palabras de Fidel, ambiguas al exterior, muy claras al interior.

«Con la Revolución todo, contra la Revolución nada».

(Sólo que la Revolución era Fidel y sus gustos estéticos y literarios y sus decisiones políticas).

[...]

Cómo se iba a permitir una cultura viva.

Y yo ya supe que ésta era la muerte histórica de un proyecto de revolución nueva y libre.

(Franqui, Carlos; *Retrato de Familia con Fidel*; Seix Barral, Barcelona, 1981, pp. 263-273).

NOTAS

1 Esta frase tiene su origen en la Revolución Francesa, mucho antes de la invención de la lavadora eléctrica.